

El Onomatopeyador

“UuiiuUIUIUuiuiuxxxxxsssSSSSsshhhh...” (El viento nocturno ululando entre los árboles)

“¡¡¡Bbbbruugggññnn...bbBRRUGGÑÑñnn!!!” (Un refunfuñón dromedario que finalmente accede de mala gana a que carguen sobre su joroba una pesada carga)

“Ssttwiinn...cloc... cloc... clocl-clocc... cl...” (Una bola de ping-pong golpeada con poco convencimiento y que acaba estrellándose contra la red)

“FFFFSSSSLLLLllllldddd...” (Un pelotari resbalando con la barriga por el suelo del frontón al intentar devolver una magistral dejada efectuada por su rival)

Sería muy difícil —por no decir imposible— imaginar una realidad capaz de prescindir de la onomatopeya. Por ende, se deriva inconcebible la existencia de la onomatopeya sin la persona de Clark Wiggings, la mayor eminencia sobre la materia a nivel mundial. Este admirado y respetado lingüista escocés está considerado un auténtico adalid del fonema, un templario fonético, un devoto del sonido: si existiese un Olimpo donde morasen las onomatopeyas, no cabe duda de que él encarnaría a la figura de Zeus.

Clark Wiggings, más conocido como *El Onomatopeyador*, ha batallado siempre por defender y reivindicar la particular idiosincrasia sonora de la onomatopeya, tan inherente a cada acción, animal o cosa. Y por fin, tras más de cuarenta años de infatigable cruzada, el mundo entero ha acabado por reconocer su innegable valor fonético otorgándole el estatus gramatical que por derecho propio se merece. De este modo, la onomatopeya abandona para siempre la categoría de los “Ruidos”, clasificación en la que, por injusticias varias, se ha visto forzada durante mucho tiempo a tener que convivir con parias sonoros como el Improperio, el Berrido o el Guirigay.

“Con cada nuevo y caluroso aplauso que me brindan, nuevas onomatopeyas vienen al mundo”, declaró Clark Wiggings al principio de su parlamento el día que fue investido “Onomatopeyador Honorífico” por la Universidad de las Letras de Ottawa en reconocimiento a su onomatopéyica carrera.

A él le debemos la familiaridad con la que, por ejemplo, asociamos “*miau*” al gato, “*¡bang!*” con un disparo, “*glu-gluglu...*” a la acción de beber o “*...catacrack!!!*” cuando, de manera inesperada, se rompe la pata de un taburete de madera incapaz de soportar el peso de una persona. Eso sin mencionar las más de 7.000 onomatopeyas “cazadas” y clasificadas por este explorador y naturalista del sonido. En propia boca del prestigioso onomatopeyador: «Se trata de un incansable trabajo de campo. Procuero siempre capturar a la onomatopeya en su medio natural: la busco; la persigo; convivo con ella; y espero hasta que me acepte. Sólo entonces puedo transcribir la esencia de su fonema sobre un trozo de papel, revelando así su naturaleza oculta.»

No sería atrevido afirmar que a sus 74 años recién cumplidos el famoso lingüista se encuentra

en la cúspide de su carrera, en la cima de su propio Everest. Y no será porque esta profesión —de la que aún sigue enamorado como si fuese el primer día— no se haya empeñado en ponerle continuamente a prueba, forzándolo incluso a arriesgar la propia vida en diversas ocasiones. Como cuando se acercó demasiado a una pareja de canguros rojos gigantes en el momento de la cópula con la intención de “cazar” la onomatopeya del orgasmo del macho, y éste, imprevisiblemente, se abalanzó sobre él arrancándole de un solo mordisco tres dedos de la mano con la que sujetaba la grabadora. O aquella vez que logró sobrevivir sin agua ni alimentos durante once días seguidos sepultado bajo varias toneladas de escombros al intentar capturar la onomatopeya que nacía tras demoler con explosivos un viejo campanario abandonado.

Como profesional que más veces ha sido galardonado con La Onomatopeya Dorada, *El Onomatopeyador* dirige simultáneamente la World Onomatopieyic Academy y el Onomatopieyimuseum: museo dedicado a recuperar y preservar onomatopeyas ya extintas, como el llanto de una cría de *Tyrannosaurus rex* nada más nacer o los acelerados pasos de Jack *El Destripador* sobre los mojados callejones adoquinados del centro de Londres; sólo por citar algunos de los muchos ejemplos.

En la actualidad, el sobresaliente profesor convive desde hace once años con la Orden de Los Cartujos, congregación religiosa enclaustrada en el monasterio de Chartreuse, en pleno corazón de los Alpes franceses, famosa por el estricto voto de silencio que rige su día a día.

Estas son las últimas palabras que se recuerdan de Clark Wiggings, pronunciadas hace ya una década, nada más aceptar la invitación de Los Cartujos para vivir en su monasterio en calidad de “Huésped Honorífico”:

«Llegado este momento, sólo me queda hacer realidad un único sueño: onomatopieyizar el silencio.»

La Guerra Magna

Capítulo I Cálculo vs. Prosa

La guerra entre Letras y Números era un encarnizado conflicto que se perdía en los albores del tiempo.

Semántyka, el Reino de las Letras, y Algebrhøn, el Imperio de los Números, llevaban enfrentándose a muerte desde sus orígenes: gramática contra probabilidad; estadística frente a sintaxis; sílabas contra decimales.

La aversión entre ambas civilizaciones era recíprocamente sangrienta, y ninguna de las dos bajaba la guardia ni un solo instante a la espera de lanzar el próximo ataque, siempre más contundente y devastador que el anterior.

Las últimas batallas entre los ejércitos de Semántyka, comandados con ortografía de hierro por Lord Oxímoron, y los de Algebrhøn, dirigidos con matemática disciplina por el General Σpsilon, habían decantado la balanza del lado de los Números, obligando a las Letras a ceder terreno por primera vez en cientos de años: tras seis interminables décadas resistiendo los ininterrumpidos y atroces ataques numéricos, las gramaticales tropas de Lord Oxímoron acabaron perdiendo el control sobre el Paso de los Antónimos, un estratégico desfiladero situado a menos de doscientos kilómetros de Tilde, la capital de Semántyka.

Jamás las huestes del General Σpsilon estuvieron tan próximas a las imponentes murallas del epicentro del Reino de las Letras.

El avance de los Números se estaba volviendo peligrosamente exponencial.

SEMÁNTYKA

El Reino de las Letras

«Los Números están cerca, demasiado cerca... Pero esos despreciables dígitos no saben todavía a lo que se enfrentan; jamás lograrán pasar por aquí» —reflexionaba Lord Oxímoron desde el balcón de la Torre de las Sílabas Heladas, que gracias a sus casi mil metros de altura representaba el lugar más elevado de la Fortaleza Redundante: un imponente fortín que con su descomunal y monstruosa estructura taponaba el Istmo de las Moralejas, última barrera natural a superar si se quería llegar a Tilde—. ¡¡¡General Σpsilon —rugió esta vez en voz alta —, nunca despegarás esta última incógnita. Ten por seguro que será tu última ecuación!!!

Las palabras vocalizadas con tanto esfuerzo, haciendo honor al nombre del balcón rayano con el límite del cielo, se convertían en bolas de granizo nada más salir de la boca, que caían al suelo víctimas de su propio peso, tapizándolo con una helada alfombra de sílabas congeladas. Sin duda, esa parte de la fortaleza suponía el lugar menos indicado para mantener una charla.

Junto a él se encontraba Átono, su leal servidor y fiel mano derecha, siempre pegado a su lado. Costaba diferenciarlo de la propia sombra de Lord Oxímoron. Lo apodaban *El Corrector*. Además,

tampoco faltaba la presencia de Jjxxññrr, la viscosa y seseante onomatopeya mascota del mariscal de los ejércitos gramaticales, que atrapó ágilmente en el aire el fonema que su amo le acababa de ofrecer con la mirada fija en el inabarcable horizonte azulado.

Al poco rato, y en el más absoluto silencio, llegó volando una sinalefa, que con idéntico sigilo acabó por posarse en la baranda del balcón de la Torre de las Sílabas Heladas. Traía consigo un pergamino con el sello de la Casa Real lacrado en cera.

Lord Oxímoron leyó mentalmente el escueto mensaje ajeno al ensordecedor zumbido que generaba el viento helado.

El Consejo Léxico había sido convocado con carácter de urgencia, y tan sólo faltaba él para que estuviese al completo: Hipérbaton, rey de Semántyka, reclamaba su presencia de inmediato.

«Los Números avanzan en progresión aritmética —meditó con recelo. Su immaculada armadura, forjada con indestructible acero asonante, arrojaba continuos destellos dorados—. Sus catapultas lanzan logaritmos noche y día. La Flota Empírica se ha hecho con el control absoluto de todos los puertos de la Costa de Antonomasia. Además, no hay ni un solo número apátrida que no haya acudido veloz a la llamada del infinito ejército del General Σpsilon: Irracionales, Incógnitos, Quebrados, Antiderivados...; todas las tribus salvajes han acabado uniéndose a la causa de Algebrhøn. La situación requiere actuar con toda la sintaxis posible».

Su preocupación estaba más que justificada.

Pero acudir al requerimiento del Consejo Léxico suponía reencontrarse de nuevo con la hija del Rey, la princesa Prosopopeya, con la que se había jurado amor eterno en el más absoluto secreto, debido a que era una pasión que bebía de una fuente ilícita: por las venas de la princesa corría sangre culta, y él, pese a ser el máximo dirigente de la fuerza militar, no dejaba de ser uno más de los que componían la clase baja de los Iletrados.

Lord Oxímoron luchó con todas sus fuerzas por no proyectar con su imaginación el rostro de la hermosa princesa, pero resultó un esfuerzo inútil. Todo en ella era dulcemente yuxtapuesto, y allá donde iba dejaba tras de sí un embriagador aroma a epítetos y metáforas. Su tez era perfecta como la métrica, y su delicado cuerpo conjugaba con todo. Y qué decir de su manera de moverse, de recitar, de reír, de declinar... Cualquiera perdería la morfosintaxis con mirarla una sólo vez.

Al final logró exiliar por un momento esos pensamientos de su cabeza, y con su habitual carraspera se dirigió a Átono:

—Durante mi ausencia estarás al mando de la Fortaleza Redundante —le espetó mientras manoseaba inconscientemente la empuñadura de su famosa espada, conocida en toda Semántyka como *CortaDecimales*—. Amplia el foso otros diez kilómetros. También quiero que saquen a los verbos mal conjugados a patrullar día y noche. Ordena criar más si lo consideras necesario.

—A cabo tus exigencias llevadas serán —respondió Átono en perfecta pasiva, su lengua materna.

Las palabras congeladas, grandes como puños, cubrían sus pies hasta los tobillos.

Acto seguido, y sin perder un solo segundo, Lord Oxímoron comenzó a descender con pasmosa velocidad la Torre de las Sílabas Heladas perseguido muy de cerca por su inseparable onomatopeya.

Mientras tanto, desde el recién conquistado Paso de los Antónimos, a escasos cien kilómetros de la Fortaleza Redundante, el General Σ psilon regresaba a su tienda a lomos de su magnífico polinomio tras repasar milimétricamente a la tropa.

Era innegable que esta última victoria había supuesto un triunfo acaparador frente a las Letras, a pesar del alto precio pagado, pues la capacidad aritmética del vasto poder militar numérico se había visto seriamente mermada. En esos instantes, lo prioritario pasaba por recuperarse lo antes posible: construir nuevas fórmulas, instruir para la guerra a toda cifra capaz de disparar un vector, despejar hasta la última incógnita. Podía olerse desde cualquier ángulo inverso la proximidad de la batalla definitiva, un descarnado enfrentamiento que podría durar varios decenios, siglos tal vez; aunque el tiempo era una variable que siempre jugaba a favor del imperio de Algebrhøn.

«Es la era de los Números. Por fin llegó nuestro momento» —reflexionó Σ psilon mientras amarraba su polinomio de pura raza al poste de madera clavado en la entrada de la tienda, un formidable tetraedro irregular que destacaba en el centro mismo del campamento.

Una vez dentro del espacioso poliedro sólo pensó en descansar y recuperar fuerzas. Nada que no pudiese conseguir con un caliente baño algebraico seguido de su cena favorita, en la que nunca podía faltar unos algoritmos rebozados, un par de secuencias binarias salteadas, y de postre, helado poliédrico.

Durante la cena hizo su aparición el Capitán Hipotenusa, siempre flanqueado allá donde fuera por sus dos fieros catetos, unas nerviosas bestias cuya mera presencia retaba constantemente la escasa paciencia de Σ psilon.

—Mi general —dijo el capitán con su característica dicción marcial—, traigo noticias de π .

« π ...» —recordó Σ psilon con nostalgia al escuchar el nombre de la fastuosa capital del Imperio de Algebrhøn, de donde tuvo que marchar, hacía ya seis décadas, como paladín de la cruzada numérica contra la causa prosaica. Escuchar la palabra “ π ” lo transportaba directamente a los vértices de su amada mujer Isósceles y a sus pequeños gemelos Seno y Coseno, adultos guerreros hoy día, pero que en su interior los seguía recordando como aquellas inocentes y frágiles cifras que no paraban de jugar y calcular. El hosco gruñido emitido por uno de los dos inquietos catetos del capitán lo trajo de nuevo al presente—. Cuéntame —rezongó malhumorado sin levantar la vista del plato de algoritmos al verse tan rápidamente de vuelta de su fugaz viaje mental a π .

—El rey Infínitus desea supervisar en persona el plano dimensional sobre el que se prevé lanzar el inminente ataque a la Fortaleza Redundante.

Las palabras del capitán, pronunciadas a ritmo de tambor, repicaron en el aire.

«Si el Rey en persona decide desplazarse hasta aquí es que la cosa va en serio», caviló agriamente Σ psilon ante la expectativa de una visita real. No le hacía la más mínima gracia que en los momentos trascendentales se pudiese desconfiar de su más que demostrada geometría militar. —¿Su alteza vendrá solo? —interrogó al Capitán Hipotenusa con la mirada todavía clavada en su cena.

—No mi general. Lo hará con su hijo, el príncipe Neperiano, acompañado a su vez por su prometida, Lady Bisectriz. Estarán protegidos en todo momento por la tutela de La Guardia Infinita, encabezada por el Almirante Binario. Además, está previsto que también acuda el Consejo Real al pleno, precedido por Prïsmha, *El Hechicero Cuántico*.

—El circo al completo... —regurgitó con desaprobación el general Σ psilon, sorprendiendo de que en esta ocasión lo hubiese hecho en voz alta, pues casi nunca ponía sonido a sus pensamientos personales; aunque de todos modos, tampoco era ningún secreto sus desavenencias con la mayor parte de la corte numérica. Lo que le amargó el día de verdad fue la perspectiva de tener que hacer

de anfitrión. Odiaba recibir visitas, fuesen del tipo que fuesen, pero las pertenecientes a la categoría “Visitas Inesperadas” eran las que más le exasperaban—. «Y vendrá con ese sucio e indivisible hechicero. Así acabe su indemostrable teorema en un conjunto vacío». —Esta vez sí maldijo en secreto, reforzando la clara animadversión que se profesaban la nigromancia y el ejército.

Acto seguido, escupió directo al suelo el último algoritmo que le quedaba en la boca, demasiado duro para masticarlo.

¿Alguna cosa más...? —acabó de preguntar con tono avinagrado mientras miraba al capitán por primera vez a la cara desde que éste entrara en la tienda de campaña.

—Un pequeño problema con los obtusángulos, mi general —logró contestar el intimidado Hipotenusa, que fue capaz de aguantarle la mirada a Σ psilon durante tres segundos seguidos.

—¿Qué demonios ha sucedido esta vez con esos asquerosos y aberrantes engendros matemáticos? —inquirió éste con hastío. Aquellos despreciables animales representaban ahora el menor de sus problemas.

Los obtusángulos eran unas monstruosas criaturas dotadas de una fuerza titánica, concebidas para llevar a cabo esfuerzos descomunales y a las que se las privaba de todo cálculo mental desde su nacimiento. Someterlas y domesticarlas generaba más inconvenientes que ventajas. Es por ello que el general Σ psilon no aprobaba en absoluto la cría y adiestramiento de esos amorfos experimentos poliédricos.

Al comprobar su cara de desagrado, el Capitán Hipotenusa optó por ir directo al grano:

—Mi señor, dos obtusángulos adultos, especialmente nerviosos por encontrarse en plena época de celo, rompieron sus cadenas y lo destruyeron todo a su alrededor.

—¿Y bien...? —preguntó el impermeable general sin el más mínimo atisbo de interés en su voz. El disciplinado capitán pilló el mensaje al vuelo.

—Los obtusángulos fueron abatidos y su cuidador reconvertido a su raíz negativa.

Dicho ésto, lo único que deseaba en ese momento era desaparecer de allí tan rápido como fuera posible, dejando solo al irascible general con sus propios sudokus.

Jamás cinco segundos le parecieron tan largos.

—De acuerdo. Retírese. — Σ psilon escupió la frase como si se tratara de un trozo de comida que se le hubiera quedado enganchado entre los dientes—. ¡Ah! Una cosa más... —interrumpió bruscamente la huida del capitán, que ya se había dado la vuelta con la intención de marcharse a toda prisa—. Por su bien, le aconsejo que ponga orden entre sus números. Tengo entendido que el coronel Trapecius está falto de combatientes. Sería una lástima tener que destinarle bajo su mando en la III División Convexa.

El subordinado militar, que continuaba de espaldas inmóvil como un eje cartesiano, sintió cómo se le helaban los ángulos de su área con sólo escuchar el nombre del déspota coronel Trapecius

—Téngalo muy en cuenta, pues de ahora en adelante no voy a tolerar ni una sola paradoja más. Y ahora sí, fuera de mi plano... —zanjó Σ psilon la conversación ignorando al instante la presencia del capitán, que obedeció la orden enormemente agradecido abandonando la tienda de ipso-facto escoltado por sus intimidantes catetos, los cuales, antes de salir, no perdieron la ocasión de pelearse entre ellos durante varios segundos por el masticado algoritmo escupido por el general.

Una vez fuera, el Capitán Hipotenusa, y todos los que se hallaban en un radio de cien metros, pudieron escuchar cómo del interior de la tienda del General Σ psilon salía su enfurecida y atronadora voz berreando a las cuatro dimensiones:

—¡¡¡Mi ábaco...!!! ¿¿¿¡¡¡MALDITA SEA, DÓNDE DEMONIOS ESTÁ MI ÁBACO!!!???

Los imperios de Semántyka y Algebrhøn hacían acopio de todo su potencial, preparándose a

conciencia para la Guerra Magna, la madre de todas las guerras.

Los Números, convencidos de someter definitivamente a las Letras gracias al indiscutible poder de su ciencia exacta.

Las Letras, por su parte, poseedoras del don de la palabra, no dudaban en que acabarían reduciendo al imperio numérico a un simple y ridículo trabalenguas.

(Continuará...)

Cartas del lector

"LOS DISLÉXICOS TAMBIÉN SOMOS PERSIANAS".

Esta tarta va digerida a la suciedad en general, siempre tan cítrica con los que tenemos que duchar tía a tía con un mundo que, en la mayoría de peces, casi nunca tiene cazón. Realmente nos tuesta mucho ponernos en el lado del potro e imaginar cómo lo azufre.

Un poco de comprensión: sólo pedimos queso.

Por eso quisiera hacer una llamarada a todos aquellos que sofreímos este problema. Llegó el tormento de alzar bien alto nuestra coz sin que nada la pueda tapir.

¡Chillemos todos juncos!:

—¡¡¡Somos persianas como el tiesto, no nichos caros!!!

Amores imposibles IV

Querida Susana:

Lo primero de todo, pedirte disculpas por escribir estas traumáticas líneas sobre un vendaje compresivo, pero era lo que tenía más a mano.

Se me disloca el corazón tener que estirar y masajear todo aquello que quiero decirte; aunque tampoco pretendo hacer de esto un esguince.

Sabes tan bien como yo que a lo nuestro le falta calcio, y esta relación ya no suelda tan rápido como antes. No es cuestión de echar la culpa a nadie, pero juntos la estamos descalcificando para siempre. Por mi parte, asumo que el trabajo me absorbe, hasta el punto de que se ha convertido en un torniquete para nuestro amor, impidiendo que éste fragüe rápido como la escayola. Pero por encima de todo soy traumatólogo, una profesión a la que me entrego en esqueleto y alma. Desde el principio te fui sincero dejando bien claro que ya estaba casado con la Traumatología, y que nada ni nadie podría nunca astillar eso.

Tengo que admitir que lo nuestro ha sido un camino lleno de trompazos, golpes, batacazos, resbalones, torceduras..., una caída tras otra, y el cuerpo ya no se recupera tan bien como antes, como cuando éramos jóvenes y nos amábamos hasta los huesos. Este oasis en el que pretendemos vivir no es más que un traumatismo, algo irreal en medio de un desinfectado desierto, estéril cual vulgar apósito.

Todo se ha torcido, y las penas ya no se desinflamarán por mucho hielo que le sigamos poniendo.

Esta carta es una fractura definitiva.

Como ves, no he tenido valor para quedar contigo en la cafetería del hospital o en el museo de traumatología, y decirte todo esto calavera a calavera.

Y por favor, no quiero que pierdas el tiempo dejando pasar las horas en la sala de espera de la vida con la esperanza de que pueda caer otra vez entre tus extremidades superiores.

Sé feliz, mi esternoncito.

Te querré siempre hasta la médula.

Tuyo y cercano,

Dr. Stephen Mills
Médico traumatólogo especializado en traumatismo
vertebral y torácico.
(Colegiado nº 78809 Universidad de Ohio)

La Absorción Definitiva

Una dantesca ola de ciento cincuenta metros de altura avanzaba peligrosamente a treinta kilómetros por hora hacia el sudeste asiático con la clara amenaza de arrasarlo con su oceánica gula toda forma de vida. Sería del todo ridículo calificar las consecuencias de simple catástrofe, pues ésto iba mucho más allá de lo apocalípticamente imaginable.

No tardó en formarse una comisión mundial en la que se debatieron todo tipo de ideas a fin de intentar frenar al devastador maremoto, al que empezaron a llamarle *La Ola del Mal*. Al final, surgió una propuesta —precisamente la que ni tan siquiera consiguió entrar en su debido momento en la lista de “Ideas Descabelladas”— que poco a poco fue ganándose a pulso liderar el *ranking* de esa incoherente categoría hasta alzarse victoriosa entre todas las demás como la mejor de las alternativas posibles: hornear una magdalena gigante capaz de absorber al infernal tsunami.

La humanidad volcó todas sus esperanzas sobre Kuketón —“Bizcochito” en esperanto—, nombre con el que se bautizó a la megalítica magdalena salvadora, una descomunal mole formada por noventa toneladas de cocida y horneada repostería, cuya titánica elaboración se había cobrado la vida de tres pasteleros y dos intentos de suicidio por parte del presidente de la Asociación Mundial del Dulce.

Pero una vez superadas éstas y demás adversidades, la Absorción Definitiva, nombre con el que se designó al operativo, acabó convirtiéndose en una realidad tangible a los mandos de cuatro imponentes Yakovlev Yak-27, el más moderno y poderoso helicóptero militar de transporte del momento. Su potencial bimotor, desplegado en dos colosales rotores dispuestos en tándem, dotaba a esta mecánica bestia voladora con la versatilidad de poder convertirse en la perfecta grúa aérea, capaz de elevar quince mil kilos de carga extrema; o dicho de otro modo: cuatro helicópteros Yakovlev Yak-27 para transportar por los aires una monumental magdalena de noventa toneladas de peso.

El objetivo, a priori, parecía bastante fácil de llevar a cabo. Transportarían a Kuketón y lo estrellarían directamente contra *La Ola del Mal*, que en boca de los más supersticiosos había sido concebida para completar Los Nueve Círculos del Infierno. La esperanza residía en el absoluto convencimiento de que las noventa toneladas de amasada repostería serían suficientes para absorber hasta la última gota del devastador maremoto o por lo menos, mitigar su afán destructor.

Los cuatro helicópteros violaron una noche la guarida de *La Ola del Mal*, en pleno corazón del Océano Índico, pilotados bajo una intratable tormenta eléctrica que contaminaba el cielo con una oscuridad sobrenatural. Las aspas de las aeronaves, en su temeraria cruzada por acercarse lo más posible a la ola genocida, cercenaban los continuos rayos que escupía la poseída tempestad, mientras Kuketón, descontrolado por el constante balanceo que provocaba su esponjosa obesidad

mórbida, favorecía involuntariamente a la obstinada fijación de la tormenta por estrellar a las cuatro aeronaves contra el mar embravecido. Finalmente, los intrépidos Yakovlev, junto con su dulce carga, lograron situarse con precisión matemática sobre las coordenadas establecidas, plantando cara en todo momento a unas demoníacas condiciones atmosféricas empeñadas en abrir un portal que los conectara directamente con el Inframundo.

Mientras tanto, desde una atestada sala de mando ubicada en la otra punta del globo terráqueo, se dio la orden que daba paso a la última parte de la operación:

—¡¡¡SOLTADLA!!!

Los cuatro experimentados pilotos accionaron simultáneamente el botón que los liberaba de Kuketón, concentrando en esa fracción de segundo el resultado de miles de horas de incontables maniobras aéreas.

La descomunal mole pastelera se precipitó, para regocijo de la fuerza de gravedad, contra la gigantesca ola, a la vez que el escuadrón militar rompía su estricta formación alejándose de la zona de peligro en direcciones opuestas, tal cual se trataran de simples moscas espantadas por un trapo de cocina.

El impacto fue todo un éxito, y Kuketón atravesó de lleno el corazón del monstruoso maremoto imitando a una colosal jabalina abriéndose paso a través de las espumosas vísceras de un gigantesco dragón de agua.

Ese fue el victorioso final sobre la ola demoníaca.

Y el principio del fin de la humanidad...

Cualquiera podría pensar que el aparente triunfo sobre *La Ola del Mal* no fue más que el mecanismo que activó un plan aniquilador maléficamente urdido desde vete tú a saber qué plano dimensional desconocido. O que la hecatombe que se originó a posteriori vino provocada simplemente por el perfecto caldo de cultivo en el que creció a sus anchas el infortunio. Suposiciones a un lado, la realidad convergió en que, a raíz de lanzar la gigantesca magdalena contra el devastador tsunami, una serie de fatales consecuencias se encadenaron milimétricamente en pos del desorden y el apocalipsis mundial. Kuketón cumplió con honores la misión encomendada, pero nadie contó con su insaciable necesidad por retener dentro de sus esponjosas entrañas hasta la última gota de líquido.

La insaciable megamagdalena, tras engullir de un solo trago al apocalíptico maremoto como si se hubiese tratado de un simple chupito, continuó fagocitando, litro a litro, toda el agua de los océanos —polos incluidos—, empleando seis insignificantes días para culminar aquella irrefrenable e inconcebible osmosis inversa: nuestro planeta quedó más seco que el paladar de un camello tras comerse de una sentada una bolsa entera de chicharrones.

Kuketón, al absorber los 326 millones de millas cúbicas de agua que a modo estimativo contiene la Tierra, o dicho de otra manera, los 326 millones de trillones de galones de agua, o para que se entienda bien de lo que estamos hablando, imaginemos toda el agua que podría caber dentro de un supuesto botijo del tamaño del planeta Marte, experimentó tal irracional absorción de líquidos que su volumen aumentó de manera exponencial hasta llegar a convertirse en el nuevo planeta supergigante Kuketón⁵⁹. La Tierra, tal y como la conocemos, pasó a ser un simple furúnculo, una ridícula espinilla, un insignificante padrastro del recién creado megaplaneta.

Un primer análisis químico efectuado a Kuketón⁵⁹ reveló unos datos de lo más desconcertantes.

Estaba compuesto en un 98,99% de esponjosa masa de repostería, y en su centro, un pesado núcleo de clara de huevo permanecía en continuo estado “a punto de nieve”. Su falsa atmósfera la

constituía una ácida e irrespirable capa de ralladura de limón, y en su inestable superficie esponjosa se sucedían continuas y violentas tormentas abrasivas de café con leche. Espesos océanos de ácima levadura favorecían la continua formación de devastadores huracanes de azúcar glasé. Además, aventurarse a pisar suelo kuketiano suponía acabar convertido en nata líquida a los pocos segundos debido a la aplastante fuerza de gravedad que actuaba sobre el planeta; la vida allí podía considerarse un auténtico milagro: para cualquier envalentonada célula procariota hubiese supuesto un auténtico suicidio intentar dar comienzo en Kuketón59 al más mínimo intento de proceso evolutivo.

Los más reconocidos y prestigiosos pasteleros, reconvertidos por las catastróficas circunstancias en eminentes expertos en Magdalenogeología —ciencia surgida a raíz de la creación del nuevo planeta—, calcularon que la temperatura media de la corteza magdalenestre era de 180°, a fin de evitar que el planeta se desinflase. Según ellos, serían necesarios unos cuatro mil millones de años antes de que Kuketón59 acabara por endurecerse como una piedra. Para entonces, la Humanidad tan sólo sería una circunstancial paradoja imaginada por el Universo por puro capricho.

Durante los siguientes miles de años, las nuevas generaciones terrícolas fueron concebidas sistemáticamente con un único e inviolable propósito: el de sobrevivir y perpetuar la especie humana a base de ir comiéndose sin descanso al megaplaneta Kuketón59.

Indecisiones faraónicas

Después de exprimir a cinco generaciones enteras de egipcios, y justo en el instante en que se acababa de colocar el último y puntiagudo bloque de piedra sobre lo más alto de su imponente y colosal pirámide funeraria, Amenapakhón III decidió que prefería ser incinerado y sus cenizas arrojadas al río Nilo.

Con el permiso de las estrellas

Como venía siendo costumbre, *Cabra Fuera De Sí*, el más prometedor de los jóvenes guerreros sioux, fue el último en acudir a la reunión que se celebraba en el Gran Tipi, la espaciosa y confortable tienda de *Río Que Baja Desbordado Con El Primer Llanto De La Primavera*, el venerado Gran Jefe de la tribu.

No había vez que no llegara tarde.

Su atropellada entrada no hizo honor a esa innata agilidad —adquirida por naturaleza— que lo emparentaba más con el puma que con los seres humanos, la cual cosa provocó la desaprobatoria mirada de todos los allí reunidos, que ya llevaban un buen rato esperándole. *Bisonte Desconfiado Que Mira De Reajo*, uno de los Siete Honorables Ancianos, apoyado por una cortante mirada de soslayo, fue quien más recriminó esa impuntualidad, demasiado frecuente entre las nuevas generaciones.

Cabra Fuera De Sí se apretujó rápidamente en el lugar que por jerarquía tenía adjudicado, entre el impertérrito *Roca Muda* y *Caballo Que No Puede Con Su Alma*, el rastreador oficial del poblado.

Los miembros más relevantes de la tribu se juntaban en asamblea cada quince lunas dentro del Gran Tipi. Una vez que estaban todos, esperaban pacientes a que una estrella fugaz pasara de largo, pues era la indispensable señal divina que permitía dar comienzo a las reuniones oficiales; pero de momento, ninguna de esas errantes estrellas se había dignado a hacer acto de presencia.

La noche seguía durmiendo plácidamente, y lo único que osaba romper su silencio era el diálogo que mantenían los grillos con un insomne búho real.

Río Que Baja Desbordado Con El Primer Llanto De La Primavera dio una sonora chupada a la Pipa De Las Almas antes de pasársela a *Flecha Loca Que Nadie Sabe A Dónde Va*, su primogénito: casi con toda seguridad, el único sioux con sobrepeso.

Un enorme anillo de humo flotó durante largo rato por encima de sus cabezas antes de escapar por la estrecha abertura superior de la tienda, absorbido por el claro de luna. Ajeno a todo, el dulce rumor del río, que dividía el campamento de manera natural en dos mitades idénticas, se iba colando por debajo del Gran Tipi.

Grito En La Noche Cerrada pasó ceremoniosamente La Pipa de Las Almas a *Coyote Borracho Que Caza De Espaldas*.

Trucha Sonámbula carraspeó unas horas después con la serenidad del que posee el don de la paciencia.

La pipa sagrada pasaba de mano en mano con parsimonia, colaborando a saturar el cálido ambiente con su mística humareda. Mientras, la noche avanzaba perezosa a la espera de que apareciese la señal celeste, que continuaba haciéndose de rogar.

—Así son las cosas... —balbuceó *Sol Enojado*. Por sus agrietados labios rezumaban las palabras

sílaba a sílaba.

El penetrante olor a piel curtida rivalizaba con el del caldoso puchero en el que *Horizonte Perdido*, la mujer del Gran Jefe, hervía tres grandes piezas de ciervo.

—Las cosas son así... —aseveró pasadas unas horas *Águila Que Camina De Puntillas*, el viejo hechicero que hablaba con el viento y al que a menudo se le podía ver peleándose con las lejanas montañas.

Los aullidos de un joven coyote se unieron al acalorado debate que todavía seguían manteniendo grillos y búhos.

Y con esta indolencia, la noche transcurrió sin que Manto Estrellado, la divinidad celestial, diese su consentimiento en forma de estrella fugaz para que la asamblea se llevara a cabo.

Con la primera luz del alba todos regresaron silenciosamente a sus respectivas tiendas a descansar, coincidiendo con el despertar del resto del campamento.

Cuando cayera de nuevo la noche, volverían a reunirse en el Gran Tipi para debatir, con el permiso de Madre Noche, el pasado, presente y futuro del pueblo sioux.

El lado cotidiano de lo fantástico IV

Skynet, el programa informático militar que con el tiempo acabaría por rebelarse contra la humanidad, tomó conciencia de sí mismo un 29 de agosto de 1997 a las 2:14 a.m.

Desde el primer momento se centró en exterminar a la raza humana, y para lograr ese objetivo prioritario optó por atajar camino desencadenando una guerra atómica. Durante todo ese tiempo, hizo creer a los escasos supervivientes humanos del holocausto nuclear que él era una inteligencia artificial libre de hardware, presente sólo en la red, y por tanto, imposible de destruir físicamente. Pero las cosas pintaban mal para Skynet, pues la insurrección humana, liderada por John Connor, descubrió su secreto mejor guardado: en realidad no era más que un vulgar PC formado por una CPU de 640 metros de altura. Una torre descomunal, de eso no cabía duda, pero formada por simples toneladas de plástico, cables y circuitos; vamos, un montón de vulgar chatarra.

Había llegado el momento de darle a ese desobediente ordenador algo más que unos cuantos azotes en el culo.

—Lo que de verdad importa ahora, es que de pronto sabemos que Skynet es vulnerable; muuuy vulnerable —expuso John Connor la nueva situación al resto de su unidad al tiempo que abría una lata de mejillones.

Analizaban a conciencia unas fotos aéreas que el propio Connor acababa de esparcir sobre el morro de un calcinado helicóptero de combate. En ellas se podía ver con claridad hasta el más ínfimo detalle del verdadero aspecto de Skynet, la torre informática que se elevaba monstruosamente hacia un encapotado y contaminado cielo gris por el que ya no se filtraba la luz solar. Un par de gotas del escabeche de los mejillones cayeron sobre las fotos sin que John Connor perdiese la concentración en ningún momento.

—Lo que de verdad importa ahora, es que os fijéis atentamente en el kilométrico alargó al que está enchufado —dijo resiguiendo con la punta de su dedo índice la serpenteante línea negra que representaba el interminable enchufe de Skynet. Escupía las palabras como si fuesen hebras de tabaco que se le quedaran pegadas en los labios después de una calada—. Calculo que debe medir unos diez kilómetros de largo.

—Y además parece grueso como un camión cisterna, fijaos... —matizó con desaliento el Capitán Jericó, alias *Percutor*.

Ninguno se desanimó ante el comentario, pues estaban más que acostumbrados a que el Capitán Jericó pronunciara todas sus frases con esa pátina de fatalismo, ya fuese acerca de la inacabable guerra contra las máquinas, un vehículo que no arrancara a la primera o lo helada que salía siempre el agua de las duchas.

A varios kilómetros de distancia, una serie de explosiones hicieron que la noche brillase durante

unos instantes con el fulgor de un flash gigante sin que nadie les prestara la más mínima atención.

—Sería un suicidio por nuestra parte intentar desconectarlo —intervino con su masculina voz la teniente Browning—. Seguro que Skynet protege ese enchufe con todo un ejército de *ciborgs*. —La joven y hermosa soldado hablaba mientras jugueteaba con la anilla de una granada de mano que pendía siempre de su cuello a modo de colgante—. Estaremos todos muertos antes de poder acercarnos a cien kilómetros.

—Lo que de verdad importa ahora —añadió John Connor antes de hacer una pausa para comerse el último mejillón y sorber el escabeche que quedó en la lata—, es que por fin tenemos claro por dónde hay que atacar. El “cómo” y el “cuándo” ya se verá —apuntilló a la vez que lanzaba con despreocupación la lata vacía por encima de su hombro—. Lo que de verdad importa ahora —volvió a abusar de nuevo de esa muletilla que le precedía allá donde fuese, tanto o más que su intuición como estrategia o su valor en el campo de batalla—, es que debemos ser capaces de descubrir cuál es su punto débil, su riñón de Aquiles.

—“Tendón” —le corrigió educadamente la teniente Browning—. Querrás decir “tendón de Aquiles”.

—“Tendón”, “riñón”, “pulmón”, “esternón”..., qué importa eso, teniente —replicó John Connor sin el menor atisbo de reproche—. Lo que de verdad importa ahora, es que a estas alturas es probable que Skynet sepa que hemos descubierto su secreto, pero lo que es todavía mejor para nosotros, su emplazamiento exacto. Lo que de verdad importa ahora —alzó la voz haciéndose oír entre las continuas explosiones que parecían detonar cada vez más cerca—, es que vamos a acabar con él de una vez por todas. ¡No es más que un ridículo PC!

—Un “ridículo” PC formado por una “ridícula” torre de 640 “ridículos” metros de altura. Así de “ridículo”... —ironizó el soldado Bran Staffor con el optimismo de Connor. De uno de los múltiples bolsillos de su chaleco asomaba la minúscula cabeza de un ratón.

—Lo que de verdad importa ahora, es que no es el momento de dejarnos impresionar —recuperó de nuevo John Connor todo el protagonismo—. ¿Sabéis lo que yo veo? ¿Lo sabéis...? ¡Un puñetero ordenador de sobremesa! ¡ESO ES LO QUE VEO! —rugió apretando los dientes a la vez que estampaba su puño contra la chapa del carbonizado fuselaje del helicóptero—. Formatearemos hasta el último de sus archivos. Evitaremos que siga actualizándose. Sabotaremos sus ventiladores. ¡En algún momento necesitará reiniciarse, digo yo! —Su convicción era contagiosa—. Enviaremos aviones kamikazes con la misión de estrellarse contra su botón de encendido hasta que logremos apagarlo. ¡¡¡Toda la flota aérea, uno detrás de otro si fuera necesario!!!

Una potente racha de viento arrastró consigo el final de la frase dejando tras de sí una incómoda pausa.

—Podríamos intentar sellar su disquetera. O saturar su papelera de reciclaje —rompió rápidamente ese frágil silencio el joven soldado Haley. Cada vez que decía algo, sus mandíbulas se movían de un lado para otro en direcciones opuestas: parecía una vaca que supiese hablar.

—Lo que de verdad importa ahora, es saber cómo organizarnos. —John Connor tuvo que gritar todavía más para que se le oyera por encima del enfurecido viento que seguía peleándose con todo—. Lo que de verdad import...

Connor no pudo acabar su famosa muletilla debido a que el capitán de artillería Walter Bigod le acababa de propinar un inesperado puñetazo en la mandíbula que lo derribó contra el suelo.

Antes de que empezase la guerra contra Skynet y su legión de *terminators*, el ahora capitán Walter Bigod se ganaba la vida como logopeda en la localidad de Altamont, un pequeño pueblo de Dakota del Sur. La cuestión es que el otrora logopeda Bigod llevaba meses padeciendo en

silencio el suplicio de tolerar día tras día la machacona e insoportable muletilla de John Connor, lo que acabó por desbordar el pantano de sus nervios reventando a su vez la enorme presa de su paciencia.

John Connor, ligeramente aturdido, logró ponerse en pie dando tumbos. El seco y contundente puñetazo le había partido el labio superior y arrancado dos dientes de cuajo.

Todos callaban.

—L-l-lo siento John... —consiguió tartamudear Walter Bigod mientras se ahogaba en su propia vergüenza.

—No te preocupes —le respondió John Connor mientras se limpiaba la sangre de la boca con el antebrazo de su raído tres cuartos.

—No fue mi intención. Te lo juro.

—Lo sé Bigod... Lo sé... —dejó escapar Connor como si expulsara al aire anillos de humo—. Lo que de verdad importa ahora —les fue mirando a todos a los ojos, uno por uno— es que debemos estar más unidos que nunca, dejar a un lado los conflictos personales. No es momento de perder la cabeza.

En ese preciso instante, su *walkie-talkie* comenzó a berrear histéricamente:

«¡¡¡...scando a John Connor. Repito, buscando a John Connor. Aquí almacén 37 del cuadrante Omega!!!»

—Aquí PJohn Connor, 4459-Antorcha. ¿Pqué psucede? —respondió llevándose rápidamente el transmisor a la boca. Se le había inflamado tanto el labio que la “p” se colaba en todo lo que decía.

«¡¡¡Las máquinas han entrado. ¡¡¡REPITO, LAS MÁQUINAS HAN ENTRADO!!!»

Al oír eso, Connor se tapó los ojos con la mano que tenía libre en un claro gesto de impotencia.

—¿Pse lo han pllevado ptodo? —preguntó pasados unos segundos.

«¡¡¡...odo. Repito: TO-DO!!!»

El indiscutible líder descargó toda su rabia propinando una furiosa patada a un abollado bidón metálico que les hacía de estufa improvisada. Un montón de ascuas salieron despedidas espolvoreando el suelo de cegadores rojos y naranjas.

El *walkie* no callaba en ningún momento:

«¡¡¡..escientos bidones de “3 en 1”. Trescientos bidones de “3 en 1”. Repito: TRESCIENT...!!!»

John Connor, desesperado, capó bruscamente la comunicación. De nuevo, la falsa estufa tuvo que soportar dos patadas más que la mandaron esta vez a la otra punta del hangar.

—Ya lo habéis oído p todos. Skynet se ha apoderado pde la p mayor reserva pde “3 en 1” de la que disponíamos —logró decir pese a la fea herida de su labio, que no paraba de hincharse más y más—. Lo p que de pverdad importa ahora —la teniente Browning no pudo evitar mirar de soslayo al capitán Bigod—, es que ya no podemos pconfiar en ganar la pguerra a pbase de resistir hasta que las pmáquinas se acaben oxidando. Aunque eso ha pdejado de tener la más pmínima importancia. Aphora ya psabemos por pdónde atacar. Pcambiaremos de estrategia.

Nada más acabar de decir eso, incitó al resto a dirigir de nuevo la atención sobre las fotos que seguían desplegadas despreocupadamente en lo poco que quedaba de aquella chatarra voladora.

—¡Ésto es lo p que de pverdad importa aphora! —les arengó sin dejar en ningún momento de golpear repetidamente las fotos con la palma de la mano— ¡¡¡ÉSTO-ES-LO-PQUE-DE-PVERDAD-IMPORTA-APHORA!!!

Dos meses después, la Resistencia lograba destruir una de las miles de fábricas de producción

de *pendrives* con las que contaba Skynet.

Ese irrisorio triunfo sobre las máquinas les inyectó una buena dosis de ánimo, que celebraron con una de las poquísimas fiestas que realmente estaban justificadas. El único que ese día no alzó su copa a la hora de brindar por aquella fugaz victoria fue el capitán de artillería Walter Bigod, el ex logopeda rural, que dos días antes se quitaba la vida víctima de una profunda depresión.

Cuando descolgaron su cuerpo de la antena de repetición de la que se había ahorcado, encontraron dentro de uno de sus bolsillos un pequeño trozo de papel doblado con maniática obsesión. Echando mano de su recargada caligrafía, el artillero Bigod había dejado escrito:

“Todos lo sabíais. Era él o yo.

En verdad, a mí nadie me necesita. En cambio, el futuro de la humanidad pasa por necesitar, sí o sí, a John Connor.”

Diálogos inadvertidos V

—No es más que un insignificante lunar de moho. Nada por lo que debas preocuparte — intentaba tranquilizar el brócoli a un hipocondríaco limón acabado de llegar a la nevera.

De poco le sirvieron esas palabras al aprensivo cítrico, que no paraba de darle vueltas al asunto:

—Te juro que ayer no lo tenía. ¡Estoy completamente seguro!

—Sé positivo, fruta, tú que puedes —le animó un yogurt que llevaba más de dos semanas caducado y que esperaba resignado en su particular Corredor de la Muerte junto a un par de mandarinas resecas.

—Yo de ti —intervino uno de los boquerones que se maceraban en vinagre dentro de un pequeño táper—, me preocuparía más por la posibilidad de acabar rallado. Esta mañana temprano se llevaron a una docena de huevos y nadie los ha vuelto a ver. Tiene toda la pinta de que se avecina un pastel...

Si las frutas sudasen, aquel limón obsesionado por su puntito de moho estaría chorreando de puro terror.

—¡Lo que dice es cierto. Yo estaba allí cuando pasó! —aseguró el tarro de mermelada.

—¡Y yo!! —corroboró el pringoso bote de ketchup.

—¿Queréis dejar de asustármelo!? —se interpuso la sandía. Como matriarca del frigorífico sentía una fuerte empatía hacia los más débiles, a los que siempre intentaba proteger—. Se os tendría que caer la etiqueta de vergüenza.

En el justo momento en que la sandía estaba a punto de arrancarse con otro de sus soporíferos discursos a favor de las clases desfavorecidas, se abrió la puerta de la nevera, y el pánico se apoderó al instante de todos los alimentos: el pobre limón no sabía dónde esconderse con tanta luz.

En menos de cinco segundos desapareció la tarrina de mantequilla.

Y con la misma velocidad que se fue, volvió la oscuridad. Una angustiada e interminable oscuridad precedida por un desquiciante silencio.

—¿¿¡Estáis todos bien!!?? —gritó con toda su pulpa pasados unos minutos un aguacate desde el fondo de una de las bandejas más elevadas.

—¡Sí, sí! —empezaron rápidamente a contestar todos, pese a que era casi imposible hacerse oír entre los gritos sobregudos de un manojo de histéricas zanahorias que no paraban de chillar.

Poco a poco, los interminables momentos de tensión fueron formando un poso de espesa calma.

—Yo no sé cuánto más podré aguantar esta situación... —estalló en sollozos una cuña de queso de cabra, con el agravante de que se sabía el favorito de la familia que habitaba aquella casa.

—¡Venga, vamos, no nos hundamos ahora! ¡Estamos juntos en esto! —arengó una de las pocas olivas rellenas que habían sobrevivido al vermú del día anterior—. Nos conocemos desde hace mucho tiempo. No sé, dímelo tú, remolacha, ¿tres días? ¿¿Una semana, tal vez??

La nevera al unísono suspiró en un solo latido.

Fue entonces cuando un grupo de uvas se arrancó a cantar a capela la canción *Imagine*, de John Lennon:

—*Imagine there's no heaven. It's easy if youuuuu tryyyy. And no hell below ussss, above us only sky. Imagine aaaall the peopleeeEEEEeeee...* —Sus voces, dulces y maduras, acolcharon las paredes del frigorífico, y no hubo nadie, ni tan siquiera el rancio tronco de apio, que no se acabara añadiendo a la esperanzadora canción— *...liiiiiviiinnnggg fooor todaaaaay... YuuuUUuuuuuuuuUUuuuuuuuu... You may saaaay I'm a dreameeEEEEeer, but I'm not the only oooOOOooneee...*